

acusar á la industria, sino á la anarquía económica; sostengo que el principio ha sido falseado, que existe una desorganización de fuerzas, y que solo á esta se debe achacar la fatal tendencia á que la sociedad se ve arrastrada.

Citemos otro ejemplo.

La *Concurrencia* es, aparte la división del trabajo, uno de los mas enérgicos agentes de la industria y una de sus garantías mas preciosas. La primera revolución se debe en gran parte á ella. Las asociaciones, que desde hace algunos años se han organizado en París, la han dado una sanción nueva haciendo el trabajo por secciones y abandonando la exótica idea con que se querían igualar los salarios. La concurrencia es la ley del mercado, el condimento del cambio, la sal del trabajo. Suprimir la concurrencia equivale á suprimir la libertad, á restaurar el antiguo régimen, colocando el trabajo del obrero bajo el régimen del favoritismo y del abuso de que se nos libró en 89.

Desgraciadamente, careciendo la concurrencia de formas legales, no teniendo una razón superior que guíe y madure sus esfuerzos, ha concluido por pervertirse. Le ha sucedido lo que á la división del trabajo. Así en esta como en aquella, existe la corrupción de principios, la anarquía de las fuerzas y las malévolas tendencias. Esto no ofrecerá duda si se tiene en cuenta que de los treinta y seis millones de habitantes que en nuestro país existen, diez millones pertenecen á la clase obrera, á la cual se la prohíbe toda concurrencia, excepto la lucha, que se aviva entre ella para alcanzar un jornal triste y miserable. De ahí que la concurrencia que en el pensamiento de 89 tenía que ser de derecho común, forma hoy día una excepción ó privilegio: los únicos que pueden ejercer sus derechos son los capitalistas ó los empresarios de industria. De ahí resulta que la concurrencia, tal como se ha confirmado por Rossi, Blanqui, Dupin y muchos otros, en vez de democratizar la industria, de sostener al obrero, no hace mas que crear una aristocracia mercantil y territorial, mil veces mas rapaz que la aristocracia nobiliaria; que por ella los beneficios de la producción van siempre á los capitales; que el consumidor, que no conoce los fraudes mercantiles es víctima del especulador, y que, en fin, la condición de los obreros es cada vez mas precaria. «Yo afirmo, dice Eugenio Buret al ocuparse de esto, que la clase obrera está abandonada en cuerpo y alma al capricho de la industria». Y luego continúa: «Los mas débiles esfuerzos de la especulación pueden hacer variar el precio del pan en cinco céntimos por libra, lo que representa una suma de 620.500,000 francos repartidos en treinta y seis millones de habitantes.» No hace mucho, cuando el prefecto de policía,

accediendo al público deseo, autorizó la venta de la carne en pública subasta, no hace mucho que se pudo ver lo que la concurrencia influye en el bienestar del pueblo y cuán ilusoria es aun entre nosotros. Para que los cortadores dejasen de monopolizar la venta de la carne, fué necesario la energía de un pueblo y el auxilio de un gobierno.

Acusad á los hombres y no á la concurrencia, dicen los economistas. En efecto: yo no acuso la concurrencia, pero observaré que si los hombres no ejecutan el mal llevados por el mal, por qué, al cabo se pervierten?... Cosa estraña! La concurrencia debía hacernos mas iguales y mas libres, y léjos de ello nos encadena los unos á los otros, y hace al jornalero progresivamente esclavo. Aquí existe la corrupción del principio, aquí la ley se olvida. Esto no son simples accidentes del trabajo; esto forma un sistema de desgracias.

Muchos se quejan de que los obreros se dedican á profesiones arriesgadas é insalubres. Compadecidos de su suerte quisiérase que la civilización economizara sus servicios. Pues bien: estas miserias que caracterizan á ciertas y determinadas faenas, no son nada en comparación de ese horrible azote que se llama la anarquía económica.

Vaya el último ejemplo.

De todas las fuerzas productoras la mas vital para una sociedad que las revoluciones han creado para la industria, es el *Crédito*. La clase media, propietaria, industrial y mercantil lo sabe perfectamente: todos sus esfuerzos, durante la revolución del 89, la Constituyente, la Legislativa, la Convención, el Directorio, el Imperio, la Restauración y la Monarquía de Julio, se han dirigido, en el fondo, á la obtención de estas dos cosas: el crédito y la paz. Qué es lo que no hizo para aliarse con el intratable Luis XVI? Qué no ha perdonado á Luis Felipe? El labrador también lo sabe: de toda la política, no comprende á semejanza del industrial y del comerciante, sino dos cosas: la baja en el interés del dinero y la disminución del tributo. En lo que toca á la clase obrera, tan maravillosamente dotada para la civilización y el progreso, se la ha envuelto en tanta ignorancia respecto á la verdadera causa de sus sufrimientos, que solo despues de febrero ha empezado á comprender el sentido de la palabra Crédito, y á ver, en ella, la mas grande de las revolucionarias fuerzas. En punto á crédito el obrero solo conoce dos cosas: la sisa del tahonero y el Monte de piedad.

El Crédito es para una nación que se dedica al trabajo, lo que la circulación de la sangre para el cuerpo. Es el órgano de la nutrición, la vida misma. Cuando se interrumpe, la sociedad está en peligro. Si hay una institución que—despues de abolir los derechos feudales y estable-

cer la igualdad de clases—puede recomendarse antes que otra á nuestros legisladores, es, indudablemente el Crédito. Pues bien: ninguna de nuestras declaraciones de derechos que fueron tan pomposas; ninguna de nuestras constituciones, tan prolijas en la descripción de poderes y en las combinaciones electorales, nos habla de esa gran palanca que impulsa hácia el progreso. El crédito, como la división del trabajo, las máquinas y la concurrencia, ha sido abandonado asimismo, el poder FINANCIERO, mas importante aun que el ejecutivo, el legislativo y el judicial, ni siquiera ha tenido la honra de ser mentado en nuestras varias Constituciones. Abandonado por un decreto del imperio—fechado en 23 de abril de 1803—á una compañía de mercaderes, se ha quedado hasta hoy en el estado de poder oculto. No se puede citar, en lo que á él se refiere, mas que una ley de 1807 la cual fija la tasa legal al interés del cinco por ciento. Antes y después de la revolución, el crédito vivió como pudo, ó, mejor dicho, conforme los capitalistas quisieron. Por lo demás, justo es decir que el gobierno, al sacrificar el país, nada ha conservado en su obsequio; lo que hizo para nosotros, lo hizo también para sí propio: bajo tal concepto, nada hemos de reprocharle.

Pero qué es lo que ha resultado de esta increíble negligencia?

Por de pronto que el acaparamiento y el agiotage, recayendo principalmente en el numerario, que es á la vez el instrumento con que se hacen los negocios, la mercancía mas buscada, y, en su consecuencia, la mas productiva y segura; por de pronto ha resultado que el comercio del dinero se ha concentrado en manos de la usura, cuyo arsenal es la Banca;

Que, desde entonces, el país y el Estado han sido infeudados á una liga de capitalistas;

Que gracias al impuesto que sobre los negocios agrícolas é industriales ha percibido la aristocracia de la banca, la propiedad se ha progresivamente hipotecado por valor de 12.000,000,000 y el Estado por 6.000,000,000;

Que los intereses satisfechos por la nación á consecuencia de esta doble deuda—contando en ello los gastos de escrituras, renovamiento de las mismas, comisiones etc., etc.—se elevan á 1,200 millones de francos anuales;

Que esta enorme suma no indica aun lo que los productores tienen que pagar á la usura de los banqueros, puesto que se tienen que añadir 700 ú 800 millones mas á título de descuentos, adelantos de fondos, retardos en el pago, acciones comanditarias, dividendos, obligaciones injustas, gastos de tribunales, etc., etc.;

Que la propiedad explotada por la banca, y en sus relaciones con la industria, ha tenido que seguir los mismos yerros, entregarse al monopolio, hacerse usurera con el trabajo, y de ahí que el arrendamiento de la tierra y los alquileres de las casas, lleguen á un precio exorbitante, precio que concluye por echar al labriego de su campo y el trabajador de su morada.

Esto es tan cierto que aquellos que se dedican al trabajo, aquellos que lo crean todo, no pueden comprar sus mismos productos, ni adquirir un mueblaje, ni poseer un domicilio, ni poder decir nunca: esta casa, este jardín, esta viña, este campo, es mio.

Por lo contrario: es de necesidad económica, según el sistema actual del crédito y con la desorganización creciente de las fuerzas industriales, que el pobre, trabajando mas cada día, sea siempre mas pobre, y que el rico, sin trabajar, sea siempre mas rico. De esto no es difícil convencernos por el cálculo siguiente:

De los 10.000,000,000, rs. que ascienden poco mas ó menos los productos del consumo 6.000,000,000, si debemos creer los cálculos del sabio economista M. Chevé, son absorbidos por los parásitos de la banca, los propietarios, el presupuesto y el avispero de empleados que se alimentan del mismo. Los 4.000,000,000 restantes se reparten entre la clase obrera. Otro economista, M. Chevaleir, dividiendo el total de los productos por 36,000,000 de habitantes, ha encontrado que la renta diaria por cabeza ofrecía un tipo de 65 céntimos, y como de esta cifra es necesario deducir los intereses, la renta, el impuesto y los gastos que trae, M. Morogues, otro sabio economista, ha deducido que una gran parte de los ciudadanos no gasta mas que 25 céntimos por día. Pero como las contribuciones y los intereses van siempre en aumento, en tanto que, por la desorganización económica, el trabajo y el salario disminuyen, síguese de aquí—según dicen los economistas ya indicados—que el bienestar de los obreros sigue una progresión decreciente la cual se puede representar por estas cifras 65, 60, 55, 50, 45, 40, 35, 30, 25, 20, 15, 10, 5, 0;—5—10—15, etc. etc. Esta ley de empobrecimiento es el corrolario de la de Malthus; sus elementos se encuentran en todos los libros de estadística.

Ciertos utopistas atacan la concurrencia, otros rechazan la división del trabajo y el sistema industrial; los obreros, en su brutal ignorancia, la emprenden con las máquinas. Nadie, hasta hoy, ha negado la utilidad del crédito, y, sin embargo, la depravación de este principio es la causa mas activa de la miseria en que viven las masas. Sin ella, los perjudiciales efectos de la división del trabajo, del empleo de las máqui-

nas, de la concurrencia, no existirían. No es muy sensible, que, no por la falta del hombre, sino por la anarquía de sus propios elementos, haya en la sociedad una tendencia hácia el mal y la miseria?

Dícese que esto es abusar de la dialéctica; que los capitales, la tierra, las casas, no pueden alquilarse gratis; que los servicios deben pagarse etc. etc. Enhorabuena. Quiero suponer que la prestación de un valor, lo mismo que en un trabajo, que lo ha creado, es un servicio que debe recompensarse.

Cuando se trata del bien de otro, prefiero ir mas allá del derecho, que quedarme tras del mismo; pero cambia esto el hecho? Yo sostengo que el crédito es muy caro; que con el dinero sucede lo que con la carne, la cual el prefecto de policía nos manda entregar actualmente á 15 ó 20 céntimos mas barata que en casa de los cortantes; que el precio de los transportes seria mucho mas bajo si los caminos de hierro y la navegacion utilizasen los grandes medios de que el país dispone; que seria muy fácil rebajar al interés del crédito sin perjudicar á los mismos que prestan, y que la nacion y el Estado no carecen de medios para la realización de estas mejoras. Que no se me argumente con una pretendida imposibilidad jurídica. Los derechos señoriales de los capitalistas, son como los de los nobles y de los conventos: nada tan fácil como abolirlos; y lo repito, la misma salvacion de la propiedad exige que se destruyan.

Si los revolucionarios de 89, 92, 93, y 94 que descargaron con tanto ardor sus golpes en el tronco feudal, hubiesen estirpado sus raíces, es probable que nunca hubiesen brotado estos retoños.

Por ventura si en vez de restablecer los derechos señoriales y los parlamentos bajo otros nombres y otras formas; de rehacer el absolutismo bautizándole con el nombre de Constitucion; de encadenar las provincias bajo el pretexto de unificarlas y centralizarlas; de sacrificar, de nuevo, todas las libertades dándoles por inseparable compañero un pretendido *orden público* que no es mas que la anarquía, la corrupcion y la fuerza; por ventura, digo, no hubiesen podido aclamar el nuevo régimen y dejar la Revolucion concluida, si su mirada hubiese penetrado en este organismo que con su instinto buscaban, pero que el estado de sus conocimientos y las preocupaciones de entonces no les permitia comprender?...

Pero no basta que la actual sociedad por la desviacion de sus principios tienda incesantemente á empobrecer el obrero, á someter—contradicion estraña!—El trabajo al capital; es necesario que tienda á convertir los jornaleros en una raza de ilotas, inferior, como en otros tiempos, á la casta de los hombres libres; es necesario que tienda á erigir en dogma social y político la servidumbre de las clases pobres y que pregone la ne-

cesidad de su miseria. Algunos hechos, que pudiéramos elegir entre mil, nos revelarán esta fatal tendencia.

Segun M. Chevalier en el quinquenio de 1806 á 1811 el consumo anual de vino era, en París, de 170 litros por persona: hoy dia no es mas que de un 95. Suprimid los derechos que con los gastos accesorios no bajan de 30 á 35 céntimos por litro, y el consumo en vez de 95 litros será de 200, y el cosechero, que no sabe lo que hacer de sus productos, los venderá fácilmente. Mas para alcanzar este fin, se necesita rebajar el presupuesto, ó bien aumentar la contribucion á las clases ricas; y como ni el uno ni el otro es practicable, y como, fuera de esto, no conviene que el jornalero beba mucho, puesto que el vino es incompatible con la modestia en que viven los hombres de su clase, los derechos no se verán reducidos, y por el contrario, se les irá aumentando.

Segun un publicista que se halla al abrigo de todo reproche á consecuencia de sus opiniones conservadoras; segun dicho publicista, que es M. Boudot, la Francia, no obstante sus crecidos aranceles, se vé en la necesidad de enviar 9.000,000 al extranjero para comprar animales de la raza bovina y ovejuna, que destina á sus mataderos. Apesar de esta importacion, la carne que se ofrece al consumo, no pasa todos los años de 20 kilogramos por persona, ó sean 54 gramos todos los dias, los cuales aun no llegan á dos onzas. Si, fuera de esto, se tiene en cuenta que las ochenta y cinco ciudades y las cabezas de distrito cuya poblacion no alcanza á 3.000,000 de habitantes consumen la cuarta parte de este alimento, se deducirá fácilmente que la mayoría de los franceses jamás come carne, lo cual es efectivamente cierto.

Hé ahí porque en virtud de esta política, la carne se encuentra hoy dia excluida de entre la lista de los objetos alimenticios, y hé ahí porque, tanto en Francia como en Irlanda, la clase pobre no come mas que patatas, castañas, alforfon ó gazpacho.

Los efectos de este régimen son desastrosos. En todos los países de Europa la constitucion del obrero es muy débil: en Francia se ha probado que, desde cincuenta años á esta parte, la estatura media del hombre ha disminuido en muchos milímetros y que esta disminucion ha recaido principalmente sobre la clase obrera. Antes de 1789 la talla que se exigia para el servicio de las armas, era, en la infantería, de 5 piés 1 pulgada. Luego, á consecuencia de la disminucion de estatura, del excesivo consumo que se hacia de hombres, y de la pérdida ó debilidad de la salud, esta talla fué reducida á 4 piés 10 pulgadas. En cuanto á las exenciones del servicio por defectos de talla y de organismo, fueron desde 1830 á 1839 de un 45 % por 100 y desde 1839 á 1848 de un 50 % por 100.

En otras clases la duracion de la vida ha aumentado, pero ha sido á costa del obrero segun se demuestra por las tablas de mortalidad que se han formado en París, donde la proporcion de las defunciones en el duodécimo distrito es de 1 por cada 26 habitantes, mientras que para el primero no es mas que de 1 por 52.

Se duda, pues, de que haya tendencia al mal—cuando menos en lo que se refiere á la clase obrera—en la actual sociedad? No os parece que esta se halla organizada no, como queria Saint-Simon, para mejorar la parte física moral é intelectual del pueblo, sino para acrecentar su ignorancia, su depravacion y su miseria?

A la escuela Politécnica concurren todos los años, por término medio, 176 discípulos. Segun M. Chevalier, este número podia ser veinte veces mayor. Pero que es lo que harian los capitalistas de 3,521 Politécnicos que al fin de cada curso les arrojaria la escuela? Vuelvo á preguntarlo, qué haria de ellos?

Cuando el reglamento prescribe que no se admitan sino 176 discípulos en vez de 3,520, es porque el gobierno y la industria feudal no pueden admitir sino 176 jóvenes cada año. Esto cualquiera lo comprende. No se cultiva la ciencia por la ciencia; no se aprende la química, el cálculo integral, la geometría analítica, la mecánica, para hacer despues lo que el obrero ó el labriego. La muchedumbre de capacidades léjos de servir al País y al Estado ofrece inconvenientes. Bajo tal concepto para evitar que las clases se dividan sin fruto, es necesario que la instruccion sea distribuida conforme á las fortunas; que sea débil ó casi nula para la clase mas numerosa y mas vil; mediana para la clase media; superior para la clase rica, la cual por su inteligencia y talentos representará algun dia, la aristocracia de donde sale. Hé ahí el cálculo del gobierno; hé ahí lo que el clero católico, fiel á sus dogmas y á sus tradiciones feudales, ha comprendido siempre: la ley que entregó á este último la Universidad y las escuelas no fué mas que un acto de justicia.

Esto hace que la enseñanza nunca sea universal, ni nunca pueda ser libre: en una sociedad que tiene el carácter feudal, esto seria un contrasentido. Para sujetar á las masas es necesario rebajar el número de capacidades, reducir la existencia de los colegios; mantener en sistemática ignorancia á millones de obreros para que se dediquen á los trabajos mas repugnantes y penosos; usar, en fin, de la enseñanza, como si no existiera, ó, lo que es lo mismo, dirigirla hácia el embrutecimiento y explotacion de la clase pobre.

Y como si el mal, á semejanza del bien, hubiese de alcanzar su sancion, el pauperismo organizado, previsto y preparado por la anarquía

económica, encuentra tambien, la suya: está en la lista de los crímenes. Hé ahí cual ha sido en el transcurso de 25 años la progresion de estos últimos segun la estadística.

	Crímenes.	Acusados.
1827	34,908	47,443
1846	80,891	101,433
1847	95,914	124,159

En los tribunales correccionales la progresion fué la misma

	Crímenes.	Acusados.
1829	108,390	159,740
1845	152,923	197,913
1847	184,922	239,291

Cuando el obrero queda embrutecido por la division mínima del trabajo, por el empleo de las máquinas y por su propia ignorancia; cuando se le desanima por la escasez de su salario; cuando se le desmoraliza por sus muchas vacaciones; cuando el monopolio ha provocado su hambre; cuando carece de pan, de lecho y hogar, el obrero solicita una limosna, se entrega al merodeo y la vagancia, roba y asesina, y despues de haber pasado entre las manos de los que le han explotado, para en manos de los curiales. Es esto claro?

Ahora volveré á la política.

III.

ANOMALÍAS DEL GOBIERNO: TENDENCIAS Á LA TIRANÍA Y Á LA CORRUPCION.

La verdad se ampara de las inteligencias por el contraste del error. En vez de la libertad é igualdad económicas, la Revolucion nos dejó, á beneficio de inventario, la autoridad y subordinacion políticas. El estado, que cada dia se ha ido engrandeciendo, que goza de innumerables privilegios, se ha encargado de hacer, en nuestro obsequio, lo que debíamos esperar de cualquier otra influencia. Y cómo ha cumplido su empresa? Qué papel—dejando á un lado su organizacion particular—ha representado en los últimos cincuenta años?Cuál ha sido su tendencia? Hé ahí la cuestion.

Hasta 1848 los hombres de Estado ya figurasen en la oposicion, ya al lado del ministerio, y cuya influencia dirigia el espíritu público y hasta el mismo gobierno, no tuvieron conciencia de la falsa direccion que la sociedad llevaba, principalmente en lo que concernia á los obreros. La mayor parte de ellos consideraban como un mérito y un deber el ocuparse, de vez en cuando, de su suerte. El uno gritaba á favor de su ense-